

LA REVOLUCIÓN INDEPENDENTISTA DE CUBA Y LA GUERRA DE 1898 DESDE LA PERSPECTIVA DE AMÉRICA LATINA.

SERGIO GUERRA VILABOY.
Universidad de La Habana.

ABSTRACT

Aunque la gesta emancipadora de Cuba gozó siempre del apoyo de los pueblos de este Continente, la falta del reconocimiento gubernamental por parte de los países latinoamericanos durante la Guerra de 1895, unido a la virtual aceptación inglesa de la hegemonía norteamericana en la región facilitaron los planes de Estados Unidos para intervenir en el conflicto hispano-cubano en 1898.

Even though the emancipating feat of Cuba obtained always the support of people this continent, for lack of governmental recognition on the Latin American countries during the war of 1895, joined to the virtual English acceptance of North American hegemony in the region, it made easy the idea of the U.S.A to take part in the conflict Hispanic- Cuban in 1898.

A la gran cordura y amor a la libertad de los representantes de las Repúblicas hispano-latinas nos confiamos, seguros de que sabrán apreciar a alteza de nuestras intenciones, la firmeza de nuestro derecho, y la mutua conveniencia, para tantos pueblos afines y solidarios, de que la independencia de Cuba, cimentada con la sangre y los esfuerzos de los cubaños, se corone por la intervención y acuerdo de todos los Estados de nuestra propia raza.

Manifiesto del Gobierno Provisional de la República de Cuba.
8 de agosto de 1896

La gesta emancipadora cubana reiniciada en 1895, así como la guerra entre Estados Unidos y España de 1898 que fue su inesperado epílogo, tuvieron una repercusión continental bien diferente a la de treinta años atrás, cuando Carlos Manuel de Céspedes proclamara en la Demajagua la independencia de la Mayor de las Antillas. La Guerra de los Diez años (1868-1878) coincidió con las transformaciones políticas y socioeconómicas que desde los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX estremecían a una buena parte de los países latinoamericanos. Las reformas liberales, como se les denominó, se habían iniciado con la revolución del medio siglo en Colombia

(1849) y la de Ayutla en México (1854), compulsadas por el avance capitalista a escala internacional y el impacto de la oleada revolucionaria europea de 1848. Estos procesos tuvieron un definido carácter anticlerical y antifeudal, para hacer avanzar las relaciones de tipo burgués y establecer regímenes más democráticos, tras expulsar del poder a los sectores conservadores de las oligarquías nacionales.

La irradiación por el Continente de las reformas liberales, dirigidas a completar las tareas inconclusas del ciclo independentista de 1808 a 1826, creó un clima muy favorable para la solidaridad hemisférica con los patriotas cubanos durante la Guerra de los Diez Años, sentimiento reforzado por las muy recientes aventuras de reconquista protagonizadas por España y Francia, a principios de los años sesenta, aprovechando la coyuntura de la Guerra Civil (1861-1865) de Estados Unidos. Uno de los primeros episodios de esta política intervencionista española en América Latina fue la firma del Tratado Mont-Almonte (1859) con las fuerzas conservadoras mexicanas sublevadas contra el Presidente Benito Juárez y la Constitución liberal de 1857, mediante el cual el gobierno de Madrid les suministró abundante ayuda militar y económica. Después de la victoria juarista, España sumó sus efectivos navales: —38 barcos de guerra y cerca de 6 mil hombres— a una especie de nueva Santa Alianza, como la denominó Carlos Marx, vertebrada con Francia e Inglaterra, que en diciembre de 1861 bloqueó al puerto de Veracruz para doblegar al gobierno mexicano ante las reclamaciones financieras europeas. Aunque la inconsulta decisión de Juan Prim permitió la retirada a tiempo del ejército español, la expedición tripartita devino en la antesala de la invasión francesa a México y del efímero Imperio de Maximiliano de Habsburgo (1864-1867). Casi simultáneamente se produjo la restauración de la dominación española en Santo Domingo (1862-1865), lo que estimuló el proyecto antinacional del dictador conservador Gabriel García Moreno para convertir al Ecuador en el denominado Reino Unido de los Andes bajo protectorado francés¹. A todas estas agresiones contra la soberanía de los países latinoamericanos se agregó, el 14 de abril de 1864, la inesperada ocupación por una flota española de las islas Chinchas del Perú, codiciadas por sus valiosos yacimientos de guano, lo que desató la contienda armada de España contra Chile, Perú, Bolivia y Ecuador, prolongada hasta 1866.

La determinante influencia de todos estos hechos en la actitud de los gobiernos de América Latina hacia la guerra independentista de Cuba entre 1868 y 1878 puede ilustrarse con la política adoptada por Chile. Para hostilizar a España, enfrascada en su aventura colonialista contra los países latinoamericanos de la cuenca del Pacífico, el Ministro chileno de Relaciones Exteriores Álvaro Covarrubias dio a conocer un Manifiesto donde prometía contribuir a la liberación cubana. Como prueba de ello, el Presidente Joaquín Pérez, que había impuesto a su mandato una orientación liberal, nombró el 30 de septiembre de 1865 a Benjamín Vicuña Mackenna como Agente

¹Las referencias a este episodio en Leopoldo Benites: *Ecuador: drama y paradoja*, México, FCE, 1950, pp. 219-220.

Confidencial de Chile en Estados Unidos, encargado de conseguir apoyo para la guerra que su país sostenía con España y favorecer la emancipación de Cuba y Puerto Rico.² En cumplimiento de sumisión, Vicuna Mackenna llegó a organizar un plan, en complicidad con los gobiernos de Perú y Venezuela, liderados respectivamente por los liberales Mariano Ignacio Prado y Juan Crisóstomo Falcón, para formar un ejército conjunto que desalojara a los españoles de las Antillas, pero que fue abandonado al terminar el conflicto con España en 1866.

A pesar de que para esa fecha todas las intentonas españolas para restaurar su viejo imperio colonial habían fracasado —al igual que ocurrió con la intromisión francesa en México (1867)—, dejaron como secuela un repunte del sentimiento anticolonialista en todo el Continente, lo que explica el espontáneo apoyo a Cuba ante las primeras noticias sobre la revolución de 1868. Muchos gobiernos latinoamericanos, en manos entonces de una generación de liberales reformistas, hicieron suya la causa cubana ofreciendo su respaldo político y ayuda material.

Así, el gobierno de Chile pidió a sus aliados en la contienda contra España que dieran a conocer sus simpatías por los patriotas cubanos, solicitó a Estados Unidos que presionara a Madrid para obligarla a aceptar la regulación de la guerra en Cuba y otorgó a los seguidores de Céspedes los derechos de beligerantes (30 de abril de 1869). Por su parte el gobierno peruano no solo extendió su reconocimiento al derecho de beligerancia de los patriotas cubanos (13 de mayo de 1869) y le envió 80 mil pesos, sino que además por resolución del Presidente Jose Balta se aceptó, el 13 de agosto de ese mismo año, la existencia de la isla del caribe como nación libre y soberana.³ El 10 de junio de 1869 el primer mandatario de Bolivia, Mariano Melgarejo, también reconoció por supremo decreto la beligerancia cubana, así como la legitimidad de sus poderes públicos organizados de manera provisoria, luego de manifestar sin tapujos admiración al partido Republicano de Cuba y a su caudillo Céspedes.⁴ De esta manera todos los países de la extinguida alianza antiespañola del Pacífico —con la única excepción del Ecuador, regido entonces por el dictador Garcia Moreno— se pronunciaron por el triunfo de la causa cubana desde su mismo principio.

Por otro lado, el gobierno de Benito Juárez, recién salido de la cruenta guerra de liberación contra los invasores franceses y sus aliados conservadores internos, dispuso la admisión en los puertos mexicanos a los buques con la bandera de Cuba, mientras la Cámara de Diputados de la República autorizaba el reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos cubanos, lo que fue sancionado por decreto del ejecutivo

² Emeterio S. SANTOVENIA: *Armonías y conflictos en tomo a Cuba*, México, FCE, 1956, pp. 154-155. Vicuña Mackenna declaró que su gobierno estaba dispuesto a apoyar la independencia antillana con buques corsarios, recursos y con la edición de un periódico.

³ *Ibid.*, p. 176.

⁴ Manuel MÁRQUEZ STERLING: *La diplomacia en Nuestra Historia*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, p. 80.

federal el 6 de abril de 1869.⁵ Disposición similar fue adoptada por el Congreso Nacional Constituyente de El Salvador y el Imperio del Brasil con fecha 9 de septiembre de 1871. Después del triunfo de la revolución liberal en Guatemala (1871), su jefe y artífice de una serie de reformas anticlericales, Justo Rufino Barrios, decretó el reconocimiento de “la República cubana como nación libre, soberana e independiente”⁶.

Más lejos llegó el gobierno de Venezuela, que no se limitó a reconocer el derecho beligerante de los cubanos (11 de mayo de 1869). Su Presidente, el liberal Antonio Guzmán Blanco, autorizó sufragar expediciones armadas como la que llegó a Cuba el 17 de julio de 1871 con más de 200 combatientes.

Una ayuda mayor brindó Colombia a los cubanos. Desde 1869 el gobierno de Bogotá ofreció todo su respaldo al agente antillano Francisco Javier Cisneros, quien lenantó en el Cauca un contingente de cerca de 300 colombianos, dispuestos a marchar a Cuba para combatir por la libertad de la isla caribeña. Fruto de esta apreciable movilización popular, el 7 de enero de 1870 desembarcó en las costas cubanas la expedición del barco *Hornet*, compuesta por 60 colombianos y 6 cubanos.⁷ Poco después zarpó también del puerto colombiano de Colón (Panamá) otro buque expedicionario nombrado *George B. Upton*, enarbolando la bandera de la estrella solitaria y conduciendo un cargamento de más de mil fusiles y 21 combatientes, tras lo cual el gobierno de Santos Gutiérrez sancionó la ley que reconocía a los cubanos todos los derechos de beligerantes plasmados por regulaciones internacionales en guerra legítima (22 de febrero de 1870).⁸ Por si estas contribuciones no fueran suficientes, en 1872 el Presidente de Colombia Manuel Murillo Toro, uno de los más prestigiosos líderes liberales de su generación, asumió la iniciativa de promover un concierto de las Repúblicas Americanas para conseguir la liberación de Cuba. El 26 de septiembre de ese año, su Secretario de Relaciones Exteriores, Jil Colunje, circuló una nota diplomática en busca de un acuerdo continental para mediar en el conflicto hispano-cubano, el cual concitó el respaldo de varios países de América Latina.⁹ Sin embargo, la generosa gestión colombiana no prosperó por la resistencia de Estados Unidos a la independencia de Cuba, la misma que años atrás impidiera a Bolívar consumir su obra de redención

⁵ SANTOVENIA, *op. cit.* p. 176.

⁶ Citado por RICAURTE SOLER: *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. México, Siglo XXI, 1980, p. 186.

⁷ Más detalles en José Rogelio CASTILLO: *Autobiografía del General*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973, pp.21-23.

⁸ MÁRQUEZ STERLING, *op. cit.* p. 80.

⁹ SANTOVENIA, *op. cit.*, pp. 190-193. El texto íntegro de ese documento puede encontrarse en *Correspondencia diplomática de la Delegación Cubana en New York, durante la Guerra de Independencia de 1895-1898*. La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional, 1943, t.II, pp.115-117.

hemisférica.¹⁰ Como señaló el 17 de septiembre de 1874 *La Independencia*, periódico cubano editado en New York, la propuesta del Presidente Murillo Toro fracasó debido “a las prevenciones anticubanas del Secretario de Estado norteamericano Mr. Hamilton Fish y a su no disimulada parcialidad a favor de España y a no tener presente la política tradicional de este país, opuesta siempre a la independencia de las Antillas.”¹¹

El Presidente Murillo Toro no se retractó de sus intenciones y poco después consiguió que el Congreso colombiano autorizara un apoyo financiero a las familias cubanas emigradas. dinero en realidad destinado a sufragar nuevas expediciones militares a la isla. Además, en la sesión de la Asamblea Nacional de Bogotá celebrada el 29 de abril de 1873 fue discutido un proyecto presidencial para armar a 20 mil hombres, en conjunto con Venezuela, que con el auxilio de las flotas de Perú y Chile, debería dirigirse a Cuba para romper el bloque español a los revolucionarios antillanos, propuesta rechazada por el Congreso colombiano debido a la postura asumida por los diputados conservadores y clericales.

Uno de los pasos mas atrevidos en apoyo de Cuba provino del Presidente peruano Mariano Ignacio Prado que, en vísperas de ocupar por segunda vez la jefatura del gobierno, habían declarado: “Demos al mundo un hermoso ejemplo ayudando y auxiliando a nuestros hermanos de Cuba en sus sacrificios por la patria.”¹² Por ello invitó, el 17 de octubre de 1876, al gobierno de la República de Cuba en Armas a participar en el Congreso de Juriconsultos que se reuniría en Lima para intentar uniformar las legislaciones latinoamericanas. Gracias al gesto peruano, en la integración de este foro, el 6 de diciembre de 1877, estuvo presente con plenos derechos el representante cubano Francisco de Paula Bravo, a pesar de la oposición del gobierno de la Argentina, entonces encabezado por Nicolás Avellaneda, bajo cuyo mandato se estaba desarrollando la “conquista del desierto”, eufemismo que encubría el exterminio de la población indígena de la Patagonia. En respuesta a las objeciones del Plenipotenciario en este cónclave, Jose E. Uriburu, el delegado peruano replicó “que su gobierno, por haber reconocido la beligerancia de Cuba, no pudo menos de reconocer la independencia de la nueva República, ya por hallarse organizada políticamente, ya por el denuedo con que sostiene y defiende su causa mas de nueve años.”¹³

De esta forma con la solitaria excepción de Argentina gobernada por los representantes de la oligarquía ganadera y bajo la temprana dependencia de los capitales

¹⁰ Véase un análisis de esta cuestión en Sergio GUERRA VILABOY: *El dilema de la Independencia. Las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826)*, Morelia, México; Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1993, pp. 226-240.

¹¹ Tomado de MÁRQUEZ STERLING, *op. cit.*, p. 91.

¹² *Ibid.*, p. 88. Los hijos del Presidente Prado, Leoncio. Justo y Grocio, pelearon por la causa separatista cubana durante la Guerra de los Diez Años.

¹³ En RICAURTE SOLER; *op. cit.*, p. 186.

británicos, prácticamente todos los países de América Latina reconocieron con entusiasmo la independencia de Cuba o la beligerancia de los patriotas antillanos. Así lo sintetizó el prócer puertorriqueño Ramón Emeterio Betances al referirse a la solidaridad latinoamericana con Cuba expresada hasta diciembre de 1872:

*México abrió sus puertas a la bandera de la revolución; Colombia proclamó sus derechos; Venezuela armó sus buques; Haití los defendió victoriosamente; Bolivia, Ecuador, Chile afirmaron la beligerancia de los cubanos; El Salvador y el Perú reconocieron su independencia.*¹⁴

Muy diferente fue la actitud de los países latinoamericanos hacia la lucha independentista cubana cuando la guerra se reanudó en 1895, luego de un paréntesis de más de 15 años. La situación de América Latina, en los umbrales del siglo XX, se había modificado sustancialmente, lo que explica la indiferencia glacial de la inmensa mayoría de los gobernantes del hemisferio, plegados a los dictados de las grandes potencias ante el problema de Cuba. Un factor importante en la nueva posición de los países latinoamericanos era que España había dejado de constituir una amenaza para las jóvenes naciones del Continente —a las que reconocía diplomáticamente—, inclusive iba ganando terreno cierto espíritu panhispanista en reacción a la creciente y brutal expansión de Estados Unidos. Manifestaciones de este sentimiento pro-español lo constituyeron la creación de la Unión Ibero-Americana, la amplia conmemoración hemisférica del cuarto centenario del llamado descubrimiento de América en 1892 y la solicitud formulada por varios gobiernos latinoamericanos (Costa Rica, Colombia, Bolivia, Ecuador, Perú) a la Reina María Cristina de España para que arbitrara en las disputas fronterizas con sus vecinos. La significación de este último elemento en la política de los países de América Latina hacia la Revolución de 1895 lo subrayó Aristides Agüero, uno de los representantes diplomáticos de la República cubana, en carta a Tomas Estrada Palma, en su calidad de Delegado Plenipotenciario en el extranjero de la nación en armas, fechada el 17 de agosto de 1897:

*En la región del Pacífico acaba de firmarse un protocolo entre Bolivia y Perú, nombrando a España árbitro en sus diferencias fronterizas, es decir que tenemos a los enemigos de Jueces entre Bolivia y Perú, Colombia y Ecuador, Perú y Ecuador: lo que es lo mismo árbitro del continente sudamericano correspondiente al Pacífico. Esto destruye mi plan de iniciar el Brasil en acuerdo con Bolivia, Ecuador y Venezuela pues los Ministros de esos países se niegan a dar curso a la negociación por miedo al arbitraje.*¹⁵

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Tomado de *Correspondencia (...)*, op. cit., t. 11, pp. 67. Otra referencia a este asunto hace el propio Agüero en carta a Estrada Palma del 12 de febrero de 1897 cuando cita las palabras del Presidente peruano Nicolás de Piérola: "El Perú no puede —aunque desee— reconocer la

En esas condiciones cobró fuerza, especialmente en el Cono Sur, una corriente de pensamiento conservador y racista influenciada por el idealismo alemán, contrapartida del positivismo que se imponía como ideología dominante en el resto del Continente. Nutrida con representantes de la oligarquía agro-exportadora y de intelectuales acomodados, esta vertiente proponía un nacionalismo elitista de corte hispanizante, que en muchas ocasiones llegó a exaltar el pasado colonial iberoamericano. Uno de sus primeros exponentes fue Ernesto Quesada, fundador del revisionismo histórico argentino,¹⁶ quién atacó los planteos panamericanos del Secretario de Estado James G. Blaine desde el prisma del nacionalismo conservador en su artículo “*La política Americana y las tendencias yanquis*”, aparecido en la Revista Nacional de Buenos Aires a principios de 1887 donde arguyó: “hay diferencia radical de razas: la raza latina hace política por sentimentalismo, se entusiasma y se arrebata por ideas abstractas, y cree en este caso en la magia del Americanismo y otras hermosas, la raza anglosajona es más reposada y más práctica, calcula tranquilamente lo que mas le conviene.”¹⁷

Conceptos muy parecidos vertía el escritor monarquista brasileño Eduardo Posada en su libro *La ilusión americana*, publicado en Río de Janeiro en 1893. Otro ejemplo en esa dirección, aunque castrado de las connotaciones reaccionarias de los autores antes mencionados, se daría a conocer poco después de terminada la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana de 1898 con el ensayo *Ariel* (1900) del filósofo uruguayo Jose Enrique Rodó, quién diferenció el idealismo de raigambre hispana del utilitarismo de Estados Unidos.

Diversos testimonios de los agentes cubanos que por esta época recorrían la América Latina de un extremo al otro, buscando apoyo para la independencia de la isla, refieren la influencia negativa de estas tesis conservadoras y racistas que hacían

beligerancia a los cubanos por que tenemos pendiente de España un arbitraje sumamente interesante para nosotros. Ciertamente es que Perú en otro tiempo reconoció no sólo la beligerancia sino la independencia de Cuba, y ordenó a sus representantes diplomáticos proteger a los súbditos isleños; pero entonces había guerra con España, hoy estamos en paz y tenemos cordiales relaciones como es natural entre madre e hija: hoy no es posible hierla ni ofenderla en manera alguna”. *Ibid.*, t. 11, p. 83. Lo mismo registró en su correspondencia otro agente cubano, Joaquín Alsina, quien en carta de 10 de diciembre de 1895 cuenta al propio Delegado: “Tengo muy buenas referencias de Costa Rica, aunque su Gobierno se muestra reacio a causa de encontrarse pendientes de resolución las divergencias entre esa República y la Colombia, por la cuestión de límites, siendo árbitro de estas la Reina Regente de España.” *Ibid.*, t. 11, p. 145.

¹⁶ Véase el análisis de Carlos M. RAMA: *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid, Editorial Tecnos, 1981, pp. 15-16, 25 y 27.

¹⁷ Citado por Manuel MEDINA CASTRO: *Estados Unidos y América Latina siglo XIX*. La Habana. Casa de las Américas, 1968, p. 653.

de España el símbolo del catolicismo y de lo mejor del mundo occidental. De ahí la queja de Aristides Agüero a Estrada Palma, al enumerar las razones por las cuales la aristocracia chilena se oponía a la labor de los patriotas antillanos en ese país:

1° Creen representa España el catolicismo y defiéndenla con calor influenciados por el clero español que aquí es numeroso e influyente, les ha hecho creer que el triángulo de la bandera cubana es de francmasón (...)

2° Hay mucho orgullo de clase y sangre, todos quieren ser herederos directos de los héroes íberos de la conquista y edad media: se enorgullecen de la raza, de la Madre Patria, etc.

*3° El Ministro español (...) los halaga defendiendo su geneología española (...)*¹⁸

Y en carta posterior, del 11 de abril de 1896. Agüero añade:

Estas repúblicas tienen todavía gran respecto a la antigua señora y dueña y esto lo disfrazan de dos modos, ya fingiendo un amor a la madre

¹⁸ Carta del 16 de octubre de 1895 en *Correspondencia (...)*, op. cit., t. 11, pp. 27-28. En el mismo sentido dice Julio San Martín desde Guatemala a Joaquín Castillo el 21 de agosto de 1896: "El Gobierno es decididamente amigo de todo lo que sea español, hasta el punto de usar al par que los colores de Guatemala los de España. Están muy orgullosos de su abolengo godo, que prefieren al indio (...) toda tentativa en favor de Cuba es rápida y severamente reprimida: en fin, peor que México." En León PRIMELLES (editor): *La Revolución del 95 según la correspondencia de la Delegación Cubana en Nueva York*. La Habana, Editorial Habanera, 1932-1937, t. V, p. 274. En la posición hispanófila de algunos mandatarios latinoamericanos también influyeron los halagos y homenajes, tal como lo cuenta con ironía el representante cubano en la propia Guatemala, José Joaquín Palma, en misiva a Estrada Palma del 19 de marzo de 1898 (*Correspondencia (...)*, t. V., p. 7) "Mientras duró la Administración del General Reina Barrios esto era una provincia española, donde los tres o cuatro cubanos que existen aquí, apenas se podíamos hacer algo por nuestra patria. El gobierno español emplea hoy con algunos presidentes de las Repúblicas latinas; el mismo procedimiento que empleaban los conquistadores con los indios, para estos cascabeles y abalorios para aquellos, la placa del mérito militar o la gran cruz de Isabel la Católica, con cuales bagatelas se los atraen, los deslumbran y los convierten en instrumentos de viles injusticias. El pecho de Reina Barrios era un cementerio de cruces españolas". Los subrayados son del original. Una referencia semejante aparece en carta del agente cubano Enrique Barnet a Estrada Palma, del 9 de enero de 1899, donde alude al primer mandatario de Venezuela General Ignacio Andrade: "España conserva aquí mucho predominio. Adula con condecoraciones y honores al Presidente." *Ibid.*, t. V, p. 165.

*patria por ser tan desgraciada, la misma raza, etc., ya diciendo que no pueden crear a su país nuevas complicaciones internacionales, etc.*¹⁹

El aumento del sentimiento proespañol y antinorteamericano en la América Latina de fines del siglo XIX no sólo tenía que ver con la aparición de estas corrientes hispanófilas en el Cono Sur y los compromisos políticos y diplomáticos, sino también con la larga historia de agresiones e intervenciones de Estados Unidos. En particular desde la década del ochenta este país había iniciado una violenta ofensiva expansionista en este Continente que combinaba los viejos métodos colonialistas con las más modernas formas de penetración del capitalismo. Ese era el resultado de las favorables condiciones creadas para su vertiginoso desarrollo económico con los arrebatos territoriales a México (1848 y el fin de la Guerra de Secesión 1865). El interés de la ávida burguesía norteamericana por extender su influencia a la América Latina y el Caribe no solo tenía relación con su importancia material —fuente de materias primas y mercados—, sino también con el valor estratégico para su formación como gran potencia. Con esa finalidad, el gobierno de Estados Unidos diseñó la política panamericana y se lanzó a una serie de audaces empresas para abrir los países latinoamericanos a sus capitales y arrancarlos de la órbita inglesa. La primera de estas tentativas se desarrolló aprovechando la coyuntura de la Guerra del Pacífico (1879-1883) entre Chile, Perú y Bolivia, con el objetivo de transformar el territorio peruano —entonces ocupado por el ejército chileno— en una especie de protectorado norteamericano. Concorde con estos proyectos imperialistas, el Ministro de Estados Unidos en Lima Mr. Christiancy, en carta del 4 de mayo de 1881 a Blaine, Secretario de Estado norteamericano, expresó:

*Cincuenta mil ciudadanos emprendedores de los Estados Unidos dominarían toda la población y harían del Perú totalmente norteamericano. Con el Perú, bajo el Gobierno de nuestro país, dominaríamos a todas las otras Repúblicas de Sudamérica y la Doctrina Monroe llegaría a ser una verdad, se abrirían grandes mercados a nuestros productos y manufacturas y se abriría un ancho campo para nuestro pueblo emprendedor.*²⁰

Casi paralelamente el propio Blaine proponía en 1881, por primera vez, la realización de una conferencia de naciones Americanas en Washington, que no pudo efectuar hasta 1889-1890. En esa Primera Conferencia Panamericana se reveló en toda su crudeza las verdaderas intenciones de Estados Unidos: alcanzar a toda costa su

¹⁹ Tomado de *Correspondencia (...)*, op. cit., t.II, p. 39. También las "relaciones que este país sostiene comercialmente con España" jugaron su papel, como explica Ramón Valdés García desde Montevideo en carta al Presidente del Comité Revolucionario Cubano en New York del 21 de junio de 1895. En Primelles, op. cit., t.I, p. 298.

²⁰ Citado por Hernán RAMÍREZ NECOCHEA: *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969, p. 236.

absoluta supremacía en las esferas políticas y económicas, siguiendo las pautas trazadas por la Doctrina Monroe y las añejas ideas del “Destino Manifiesto”.

Aunque en esta reunión panamericana Estados Unidos no pudo todavía imponer su hegemonía debido a la oposición de varios gobiernos latinoamericanos —en particular los del Cono Sur, firmemente atados a los intereses británicos—, la intervención diplomática de Washington en la disputa fronteriza entre Inglaterra y Venezuela terminó con la aceptación de Londres de el predominio norteamericano en la región, a cambio del desconocimiento de las reclamaciones venezolanas en la Guayana. La tácita aprobación inglesa de la validez de la Doctrina Monroe, desempolvada por el nuevo Secretario de Estado norteamericano Richard B. Olney en su nota diplomática del 20 de julio de 1895 al Foreign Office —“En la actualidad los Estados Unidos son prácticamente soberanos en este Continente, y su fiat es ley en los asuntos en que intervienen”—,²¹ demostró a los gobiernos latinoamericanos que estaban desamparados y al arbitrio de las decisiones de una gran potencia emergente, como territorios cada vez más dependientes. Era solo el principio de una desenfundada escalada intervencionista de una nación imperialista que llegaba tarde al reparto del mundo, como se comprobó, antes de su intervención en el conflicto hispano-cubano (1898), con el desembarco de sus fuerzas militares en Panamá (1885), Haití (1888 y 1891), Buenos Aires (1890), Rio de Janeiro (1894), Nicaragua (1894 y 1898) y Colombia (1895), con el pretexto de restablecer el comercio o proteger a sus legaciones y nacionales amenazados en esos lugares por determinadas turbulencias internas.²²

La animosidad de los países latinoamericanos con los Estados Unidos alcanzó entonces uno de sus grados más altos en Chile. En la tierra austral el gobierno aristocrático de Jorge Montt, en el poder tras el violento derrocamiento del Presidente constitucional José Manuel Balmaceda por las fuerzas oligárquicas probritánicas, asumió una actitud muy hostil hacia los Estados Unidos por haber dado cierto apoyo al mandatario depuesto. A aumentar la tensión entre las dos naciones contribuyó el incidente del Baltimore, el 16 de octubre de 1891 en Valparaíso, donde murieron en una pelea callejera dos marinos norteamericanos y otros varios resultaron heridos. A pesar de que las amenazas de Washington de tomar represalias, no se llevaron a cabo —por las apresuradas concesiones del gobierno de Chile (1892)—, en las altas esferas gubernamentales chilenas quedó un profundo resentimiento antinorteamericano. Así

²¹ En MEDINA CASTRO, *op. cit.*, pp. 513-514.

²² De la lista de las intervenciones norteamericanas en el extranjero presentada el 17 de septiembre de 1962 por el secretario de Estado norteamericano Dean Rusk a la sesión conjunta del Comité Senatorial de Relaciones Exteriores y Fuerzas Armadas de Estados Unidos. En Sergio GUERRA VILABOY y Alberto PRIETO, con la colaboración de Ambrosio FORNET: *Estados Unidos contra América Latina: dos siglos de agresiones*, La Habana, Casa de las Américas, 1978, pp. 42-43.

lo pudo comprobar el representante de Inglaterra en Santiago de Chile en una entrevista con el Presidente Montt:

Su excelencia comentó los discursos en el Senado de los Estados Unidos sobre la Doctrina Monroe los cuales, el dijo, indican claramente la idea de una eventual sujeción de todo el continente Americano a los Estados Unidos, y el me aseguró que Chile, Argentina, Brasil y Perú estaban ahora plenamente alertas a la necesidad de resistir cualquier avance aparentemente amistoso del Gobierno de los Estados Unidos.

*El Presidente Montt calificó al Gobierno de los Estados Unidos como inescrupuloso y corrompido, y habló con lenguaje tan desusadamente ardiente que por esto me atrevo a informar sobre sus observaciones (...)*²³

No es de extrañar que los representantes antillanos en los países latinoamericanos tuvieron que luchar contra el enfriamiento de la solidaridad con la isla desde el mismo instante en que se produjo la intervención de Estados Unidos en el conflicto hispano-cubano, pues como escribiera desde Bogotá Rafael María Merchan “aún deseando la independencia de Cuba, quisieran que España triunfara de los Estados Unidos”²⁴. A una conclusión muy parecida sobre los efectos de la intervención norteamericana de 1898 llegó Esteban Borrero desde San José de Costa Rica, en sendas cartas del 1 y 22 de mayo de ese año, enviadas al delegado del gobierno cubano en New York:

El gobierno y el pueblo Costarricenses nos son hoy desafectos: recuerdan la aventura de Walker, han resucitado sus odios; y ayudados

²³ Informe Confidencial del 26 de febrero de 1896 citado por RAMÍREZ NECOCHEA, op. cit., p. 244. Es revelador relacionar la actitud antinorteamericana del gobierno de Montt con su postura hacia la Revolución Cubana. Como registra Agüero en su carta a Estrada Palma del 2 de febrero de 1896: “Hoy por hoy nada podemos esperar de Chile, el gobierno actual es dominado por la coalición clerical enemigos francos de Cuba y amigos ardientes de España monárquica. Además tienen miedo de complicación internacional por la Argentina” En *Correspondencia* (...). t. I I, p. 35. Ya en un informe anterior, del 23 de octubre de 1895, al explicar al Delegado el panorama político existente en Chile, Agüero había acotado: “El único elemento que tenemos decidido a nuestro lado es el Balmacedista, los radicales algo, menos los liberales, muchos los demócratas y enemigos los conservadores, clericales y monttvaristas (...) (que) son los ricos y aristócratas”, *Ibid.*, p. 32. El contraste clasista salta a la vista si añadimos el relato de Nicolás Tanco desde Santiago de Chile a Benjamín Guerra el 11 de junio de 1895: “En pocos días se dará un mítln iniciado espontáneamente por la clase obrera que aquí es muy fuerte, con el objeto de pedirle al Congreso que intermedie conjuntamente con las otras Repúblicas en favor de la independencia de Cuba (...)” En PRIMELLES, op. cit., t. I, pp. 178-179.

²⁴ Carta del 11 de junio de 1898 a Estrada Palma, *Correspondencia* (...), op. cit., t. II, p. 144.

de su increíble españolismo nos niegan toda simpatía. El Gobierno, el pueblo costarricense todo, se han pronunciado en el actual conflicto, en favor de España; la prensa se deshace en alabanzas “a la nación hidalga a quien debe esta nación su origen y su cultura” y se hacen suscripciones públicas populares en favor de España. Al mismo tiempo crece el odio hacia los americanos que han sido insultados por la prensa de San José dando origen a más de un choque (...)

Los Clubs revolucionarios cubanos en que figuraban costarricenses los han visto desertar, y muchos se han cerrado: “Ahora, dicen, no nos interesa esa causa (la nuestra) porque Cuba va a ser absorbida por los Estados Unidos.” No sé de donde le vendrá a esta gente ese odio a los americanos del Norte; pero es grande y ciego.²⁵

Otro aspecto importante a tomar en cuenta al valorar la posición de América Latina ante la Revolución Cubana de 1895 y la Guerra de 1898 tiene que ver con el panorama político y socio-económico del Continente, muy distante al que prevalecía en las décadas del sesenta. A fines del siglo XIX las reformas liberales estaban prácticamente agotadas en sus perspectivas de cambios revolucionarios, sin haber podido imponer a plenitud la formación capitalista. Aunque casi todas las revoluciones liberales tuvieron un definido carácter anticlerical y antifeudal, sólo lograron cumplimentar a medias su papel impulsor de las transformaciones burguesas. Si bien en todas partes se extendieron las relaciones capitalistas, avanzó el proceso de integración nacional, se instauró el derecho burgués frente a los privilegios y fueros del viejo régimen conservador y el monopolio territorial de la Iglesia fue quebrado —allí donde era realmente importante—, no obstante subsistió, e incluso en algún sentido se amplió, la explotación servil de la población aborigen y el predominio de la gran propiedad terrateniente. Limitado por su composición clasista —aguda debilidad socioeconómica de una burguesía orgánica—, en ninguna parte de América Latina las reformas liberales hicieron desaparecer el latifundio, sino que, por el contrario, beneficiaron a los terratenientes laicos a expensas de la gran propiedad eclesiástica —o las comunidades y territorios indígenas (Araucanía, Patagonia, etc.)—, a la vez que los comerciantes se hacían también dueños de tierras, con lo cual se sentaron las bases para la ulterior integración a escala nacional, de una poderosa oligarquía terrateniente burguesa, aliada al capital extranjero. La venta de las propiedades eclesiásticas, la división de las tierras indígenas el

²⁵ *bid.*, t.II, pp. 228 y 229. También en Chile Nicolás Tanco encontró esa misma preocupación: “En este país prevalece mucho la idea, de la cual hacen su fuerte los españoles, de que Cuba independizada, o mejor dicho, que la actual revolución tiene por base de apoyo de parte de los Estados Unidos, la anexión de la isla; eso no lo aceptan ellos y miran la causa así de reojo, hablo de la gente del gobierno. “Carta a Estrada Palma del 20 de enero de 1896, en PRIMELLES, op. cit., t.III, p. 152.

crecimiento sin precedentes de la economía exportadora (agropecuaria o minera) fueron, entre otros, factores que sirvieron de fundamento para ir liquidando las endémicas pugnas armadas entre liberales y conservadores. La homogenización de las oligarquías nacionales, interesadas en aplicar sólo de manera parcial las relaciones de tipo burgués, facilitó el ascenso al poder desde fines del siglo XIX de los círculos más retrógrados del liberalismo latinoamericano, tras sacrificar a la democrático-popular que había estado más ligada a la independencia de Cuba. De esta forma se establecieron en casi todas partes regímenes de corte liberal-positivista al estilo de la dictadura de Porfirio Díaz en México o del sistema Republicano elitista del “café con leche”, implantado por los militares en Brasil después de la caída de la monarquía en 1889. La República oligárquico-liberal así conformada, despojada de todo vestigio democrático, dominó la América Latina desde fines del siglo XIX en íntima asociación con el capital extranjero, fenómeno relacionado con el tránsito del capitalismo premonopolista al imperialismo. Algo de esto puede apreciarse en la siguiente evaluación de la situación mexicana que hace Nicolás Domínguez Cowan a Estrada Palma el 9 de septiembre de 1895:

*Méjico sacudió el yugo de la opresora metrópoli, pero continúa sintiendo la presión del elemento español; la actual administración pública sostiene cordiales relaciones con la amenazada monarquía de don Alfonso XIII y el general Díaz volteando la vista hacia Washington, aguarda que el gabinete norteamericano dé la nota que ha de resonar en los salones de los sucesores de Hernán Cortés.*²⁶

Todo esto explica que la Revolución Cubana de 1895 no encontrara en América Latina la calurosa resonancia de 1868-1878. En esta oportunidad ningún gobierno latinoamericano reconoció la beligerancia de los patriotas cubanos, a pesar de que en la mayoría de ellos se formaron clubes para hacer propaganda por la causa de Cuba y recoger fondos que enviaban a la sede del partido Revolucionario Cubano en New York. La posición extrema fue asumida otra vez por Argentina, presidida ahora por José E. Uriburu —el mismo individuo que como Plenipotenciario de su país se opusiera a la presencia cubana en la conferencia internacional de Lima en 1877—, colocada abiertamente al lado de España, al permitir el reclutamiento de voluntarios para ayudar a su ex metrópoli y favorecer una colecta pública con vista a la adquisición de un buque de guerra, el crucero *Río*

²⁶ *Ibid.*, t.1, p. 23.

de la Plata,²⁷ pues como ya había advertido Agüero en su informe al Delegado del 11 de abril de 1896 “la colonia española del Plata es muy numerosa, rica e influyente.”²⁸ Y en carta posterior, del 22 de mayo de 1898, describe así la postura de los principales países de la América del Sur:

Respecto a la cuestión cubana en Sud América le voy a dar una ligera reseña del estado de la opinión.

Brasil favorable a nosotros; pero no reconocerá —por ahora— pues imitará a los yankees en su última resolución.

Uruguay hostil a los yankees no reconocerá por las razones que el año pasado le expuse más las simpatías españolas y enemistad a los yankees.

Argentina y Chile hostiles a Washington hemos perdido mucho terreno y las simpatías a España aumentan cada día. La guerra entre ambos esta sobre el tapete aún.

*Perú-Bolivia-Ecuador francamente partidarios de España, tienen un arbitraje de la Reina regente y por nada nos reconocerán hoy ni mañana. En resumen no creo nos reconozca ningún país latinoamericano, unos por simpatías españolas, otros por antipatías yankees y otros por apatía sempiterna.*²⁹

²⁷ Philip S. FONER: *La Guerra Hispano-Cubano Norteamericana y el surgimiento del Imperialismo yanqui*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, t.I, p. 182. Incluso el hijo del ex-Presidente argentino en el período de 1892 a 1895 y futuro mandatario de su país Roque Saénz Peña, se ofreció para pelear del lado de España al entrar Estados Unidos en la Guerra (1898). Véase Herminio PORTELL VILA: *Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España*. La Habana, Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad, 1949, p.136.

²⁸ Carta a Estrada Palma del 22 de mayo de 1898 en *Correspondencia (...)*, op. cit., t.II, pp. 15-16. Sin duda un factor que contribuyó a fomentar un ambiente favorable a España fue la abundante presencia de inmigrantes españoles desde la década de 1870 en los países del Cono Sur, particularmente Argentina y Uruguay, ya que en el resto de América Latina este fenómeno no fue tan masivo. Así lo captó Nicolás Tanco en carta a Estrada Palma del 8 de marzo de 1896: “La Argentina por su parte no hará nada, pues hoy tiene en su territorio más de doscientos mil españoles inmigrantes y sus relaciones con la madre patria son muy cordiales (...)” El subrayado en el original. En PRIMELLES, op. cit., t.II, p. 154.

²⁹ *Correspondencia (...)*, op. cit., t. I I, p. 145. La especificidad del Brasil es aclarada por Agüero en carta anterior del 6 de agosto de 1897: “Durante el mes que llevo en Rio nada efectivo he podido obtener en sentido gubernativo (...) los Ministros, Senadores y Diputados no tienen lugar para otra cosa que para sus luchas politiqueras y la revolución, los periodistas, etc., a todo responde no tenemos espacio para nada pues nos absorbe la cuestión Canudos.” Los subrayados son del original. *Ibid.*, pp. 3-5.

Por su parte, el Presidente conservador de Colombia Miguel Antonio Caro, a quien el agente cubano Joaquín Alsina atribuía “simpatías por España”,³⁰ prohibió el 8 de noviembre de 1896 todos los programas de actividades públicas destinados a recaudar dinero para los revolucionarios cubanos, disposición que con algunos matices de hecho también adoptaron otros mandatarios latinoamericanos, entre ellos el venezolano Joaquín Crespo, el costarricense Rafael Iglesias, el mexicano Porfirio Díaz y el dominicano Ulises Heaureaux,³¹ para acallar las constantes protestas de España. Paralelamente los congresos nacionales de Costa Rica, Colombia, Venezuela, Bolivia y Ecuador rechazaban o daban largas a las propuestas de algunos de sus diputados para reconocer la beligerancia cubana. La falta derespaldo gubernamental de los países ltinoamericanos llevó a Ulpiano Dellunde, otro de los activos representantes de la República de Cuba en el exterior, a sentenciar en carta a Gonzalo de Quesada del 10 de agosto de 1895: “En particular tendremos ayuda de los haitianos, pues ellos contribuyen con dinero a nuestra causa; pero el gobierno no se atreve a hacer nada por temor a alguna complicación con España.”³²

Una honrosa excepción lo constituyó el gobierno de Eloy Alfaro en Ecuador, quien en 1895 había encabezado una tardía revolución liberal destinada a transformar su país en una nación laica al adoptar la separación Iglesia-Estado, la secularización de los bienes eclesiásticos y un régimen de libertades públicas y garantías ciudadanas. Se sabe que Alfaro acarició la idea de enviar una expedición a Cuba, en cumplimiento de una oferta hecha en Costa Rica a José Martí y Antonio Maceo y que llegó a dar instrucciones al Coronel León Valles Franco, considerado “más cubano que ecuatoriano”,³³ para movilizar los efectivos necesarios. Las dificultades insalvables que significaban el transporte de tropas desde el Pacífico al mar Caribe, al no poder

³⁰ Carta del 10 de noviembre de 1895. *Ibid.*, p. 145.

³¹ El 11 de abril de 1896 el Presidente Heaureaux había entregado al representante cubano en República Dominicana, Jaime Vidal, con carácter confidencial, un “Prospecto de un jurado Internacional para poner término a la efusión sangre en Cuba”, pero que fue rechazado por el gobierno cubano en armas por no incluir el reconocimiento a la Independencia de la Isla. El documento íntegro en *Correspondencia (...)*, op. cit., t. II, p. 155 y ss.

³² *Ibid.*, p. 10. Muchos mandatarios latinoamericanos manifestaban en privado a los agentes cubanos sus simpatías personales por la lucha en Cuba, así como su imposibilidad de brindar apoyo. Las cartas de los representantes antillanos están llenas de este tipo de testimonio sobre los presidentes Nicolás de Piérola del Perú, S. Fernández Alonso de Bolivia, José Santos Zelaya de Nicaragua, Florvil Hyppolite de Haití, Ulises Heaureaux de República Dominicana, Juan Lindolfo Cuestas de Uruguay, Miguel Antonio Caro de Colombia, Rafael Iglesias de Costa Rica, Ignacio Andrade de Venezuela y Rafael A. Gutiérrez de El Salvador.

³³ Carta de Miguel Albuquerque a Estrada Palma del 8 de noviembre de 1895. En PRIMELLES, op. cit., t.II, p. 163.

utilizar el istmo de Panamá por la permanente hostilidad del gobierno conservador de Colombia, lo obligaron a desistir de este proyecto. No obstante, el 19 de diciembre de 1895, Alfaro firmó una carta oficial a la Reina María Cristina, Regente de España, donde la exhortaba a aceptar la independencia de Cuba. Después lanzó la convocatoria de un Congreso continental, a inaugurarse en México —donde murió el convocado por Bolívar en Panamá— el 10 de agosto de 1896, para que allí se retomara el legado bolivariano mediante una agenda en la que estaba implícito el reconocimiento de la soberanía cubana. El cónclave como explicara el Presidente mexicano Porfirio Díaz, también se frustró “debido a circunstancias desfavorables, entre otras, algunas complicaciones de importantes Repúblicas Americanas, especialmente de una, que no podía aceptar francamente la invitación circulada.”³⁴

Pero el gobierno ecuatoriano tampoco pudo dar una respuesta afirmativa a las peticiones cubanas para el reconocimiento del gobierno en armas o al menos del derecho a la beligerancia de su Ejército Libertador. Con amargura relata Arístides Agüero a Estrada Palma la respuesta del caudillo ecuatoriano a la formal solicitud en tal sentido formula el 29 de septiembre de 1896 por el gobierno cubano:

*La beligerancia no la puedo reconocer ahora —dijo Eloy Alfaro— no por miedo a España, ni por temor a ser el primero; acostumbro hacer de cabeza y no de cola, procedo con arreglo a mis convicciones y nada me importaría que otros me siguieran o no; creo utilísimo para el Ecuador romper con España, fui el 1º en tratar de ello y continuaré firme en esa creencia pues España nos dará fallo adverso; pero la situación interna no me permite dar paso alguno respecto de Cuba: hay preparada una revolución cuya bandera sería que yo comprometo con una quijotada los intereses ecuatorianos (...)*³⁵

A contrapelo de la actitud timorata asumida por la inmensa mayoría de los gobiernos del Continente hacia la Revolución Cubana, la solidaridad natural y masiva de los pueblos latinoamericanos fue un fenómeno palpable en 1895, tal como se había comportado ya durante toda la Guerra de los Diez años. Como señaló Alsina en una carta a Estrada Palma informándole sobre la situación de El Salvador, “el entusiasmo y simpatías que se experimentan por todas las clases sociales de este pueblo, en favor de Cuba, no han decrecido en nada (...)”³⁶ La diferencia abismal entre el respaldo obtenido por los patriotas cubanos en los pueblos latinoamericanos y el retraimiento de sus respectivos gobiernos fue reconocida con desaliento por el propio Delegado Plenipotenciario de la República de Cuba en Armas cuando escribio:

³⁴ Citado por MEDINA CASTRO, *op. cit.*, pp. 206-207.

³⁵ Carta del 16 de marzo de 1897 en *Correspondencia (...)*, *op. cit.*, t.II, p. 88. El subrayado es del original.

³⁶ Carta del 27 de agosto de 1896: *Ibid.*, p. 184.

*Ahí (se refiere a Chile, SGV) al igual que las demás Repúblicas hispano-americanas, obsérvase por regla general el contraste entre el pueblo que nos favorece y el Gobierno que permanece indiferente o impasible por acomodarse al molde de las socorridas convenciones internacionales. Está fuera de duda que todos los pueblos de América simpatizan con los cubanos en su lucha por la independencia, pero no es menos cierto que hasta aquí los gobiernos hispano-americanos se han abstenido de dar alguna señal en favor nuestro.*³⁷

Aunque la gesta emancipadora de Cuba gozó siempre del decidido respaldo de los pueblos de este Continente, la falta del reconocimiento gubernamental por parte de los países latinoamericanos durante la Guerra de 1895, unido a la virtual aceptación inglesa de la hegemonía norteamericana en la región facilitaron los planes de Estados Unidos para intervenir en el conflicto hispano-cubano en 1898. Con ello se le abrió al gobierno norteamericano la posibilidad de hacer realidad su viejo sueño de la “fruta madura” apoderándose de la isla de Cuba y a la vez conquistar los últimos vestigios del orora gran imperio colonial español.

³⁷ Párrafos extraídos de las cartas de Estrada Palma a Arístides Agüero del 16 de marzo de 1896 y a Juan Francisco O’Farril y Nicolás de Cárdenas del 3 de junio de 1896. En *Correspondencia (...)*, op. cit., t.II, pp. 14 y 47.